



EL MERCURIO (7755)
VIERNES 13 DE AGOSTO DE 2004

REVISTA de LIBROS 9

EDUARDO BARRIOS (1884-1963)

El periodismo de un novelista

LUIS SÁNCHEZ LATORRE

He aquí un libro —espléndidamente impreso— que actualiza o reaviva la figura de un maestro de la prosa chilena: *Crónicas literarias de Eduardo Barrios* (Eds. Universitarias de Valparaíso). Precio de referencia \$8.000. Se trata del magnífico trabajo de Joel Hancock, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Utah (Salt Lake City), al acudir en un volumen de formato manualable las interconexiones críticas literarias con que Eduardo Barrios colaboró en diarios y revistas del país poniendo énfasis en su paso como redactor de «Las Últimas Noticias»...

Nació el 23 de octubre de 1884, en Valparaíso, hijo de Eduardo Barrios Achurra e Isabel Huberhoffer, peruana, hija de alemán, «a los cinco años perdió a su padre, y en 1899 fue a establecerse, con su madre, en Lima, donde cursó todos sus humanidades». «A los quince años —apenas— volvió a Chile. Se trató de seguir una carrera, y eso debía realizarse en mi país. Mis abuelos, parientes me impulsaron la música. Hubo de aceptarla, por presión. Pude un cadete distinguido, gocé de todos los privilegios que mis conocimientos me permitieron. Pero mi espíritu no se acomodó jamás al ambiente académico, y obtuve su «boja» antes de ser

oficial. Recorrí media América. Hice de todo. Por comerciante, expedicionario a las gemas en las montañas del Perú; busqué minas en Colombia; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas por cuenta de

un ingeniero, en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo vendí casaca económica; viajé entre cómicos y saltimbancos, y como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesos. He caído, he levantado, he sufrido hambres, he gozado harturas. Y siempre, en medio de toda esta actividad, me respeté... porque soy un sentimental».

Es, como se puede advertir —añota Hernán del Solar—, una vida laboriosa y difícil, esencialmente oscurecida para un escritor. En 1912 se le encuentra de tapizquero en la Cámara de Diputados. Escribió en «La Mañana», «Zig Zag», «Pacífico Magazín» y otras publicaciones. En 1925 se le nombra Conservador de la Propiedad Intelectual de la Biblioteca Nacional. Dirige la revista «Alcornoque», de la Universidad de Concepción. En 1927 se le da el cargo de Director General de Bibliotecas, Archivos y Museos. Fue ministro de, en la presidencia de Ibáñez, es ministro de

Educación, hasta 1928. En 1931, a la caída del Presidente Ibáñez, renuncia a su cargo de director general de Bibliotecas y se dedica a tareas agrícolas en San José de Maipo. Luego administra (1937) el fundo La Marquesa, entre Melipilla y San Antonio, de propiedad de la sucesión de don Efraim Yáñez, hasta 1943.

En 1946 un jurado constituido por Juvenal Hernández (rector de la Universidad de Chile), Miguel Luis Rocuant y Alberto Romero lo distingue con el Premio Nacional de Literatura. De atrás está decir que la obra narrativa de Barrios, cuyo punto de partida es la publicación simulada *Del austral* (1907), y que tiene poderosos hallazgos en la novela, como *El niño que enloqueció de amor*, *El hermano asno* y *Un perdido*, le ha valido una justa notoriedad ya fuera de las fronteras de Chile.

Particularmente hablando, somos de la época en que todavía se estaba «a la espera» del nuevo libro de Eduardo Barrios. Creemos recordar que ejerce su cargo de jefe del «Arquiverio Universal» de «El Mercurio» cuando apareció su novela «campesana». Genia sedosa y rajadiblos, que provocó nutridas interpretaciones en los corrillos literarios. En el segundo piso de «El Mercurio» tradicional, solíamos mantener con este hombre sereno y afable largos coloquios junto a la baranda de donde se dominaba de una mirada todo lo que sucedía en el gran hall

del diario. Barrios había tenido entre sus amigos nada menos que a Baldomero Lillo en los días en que ambos eran servidores de la Universidad de Chile. Pues bien, ahí, muy joven, Barrios tuvo oportunidad de conocer a Hernán Díaz Arrieta (Aloné), quien llegó un día, entusiasmado, a verlo con motivo de la aparición de una de sus primeras novelas. Aloné transformó en un rito tomar «café» con Eduardo Barrios. Los libros que éste publicaba merecían una adhesión a toda prueba del crítico, lo que se traducía en extensos artículos laudatorios. Según Barrios, ocurrió de pronto lo insólito. Aloné falló al filo de las «café». No volvió a buscarlo. La amistad se convirtió en una vena breve a la distancia. La nueva obra publicada por Eduardo Barrios sólo despertó en el crítico un conjunto de referencias. Barrios no pudo explicarse nunca el viaje inopinado de su amigo al crítico literario.

En el notable volumen de Joel Hancock, la obra periodística de Eduardo Barrios adquiere caracteres brillantes. El actor de los hombres del hombre hacia exactamente eso que entonces se llamaba «escribía». Cuando los libros y los artículos de prensa apenas se relacionaban mutuamente, el libro de Hancock resulta un verdadero descubrimiento arqueológico.

De la Asociación de la Lengua



El Periodismo de un novelista. [artículo] Luis Sánchez Latorre

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-2007

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Periodismo de un novelista. [artículo] Luis Sánchez Latorre

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile